



No mirar. Tres razones para defender las narcoseries

Ainhoa Vásquez Mejías

México, Universidad Autónoma de Chihuahua/Universidad Autónoma de Sinaloa, 2020, 145 páginas.

Don't Watch. Three Reasons to Support the Drug TV Shows

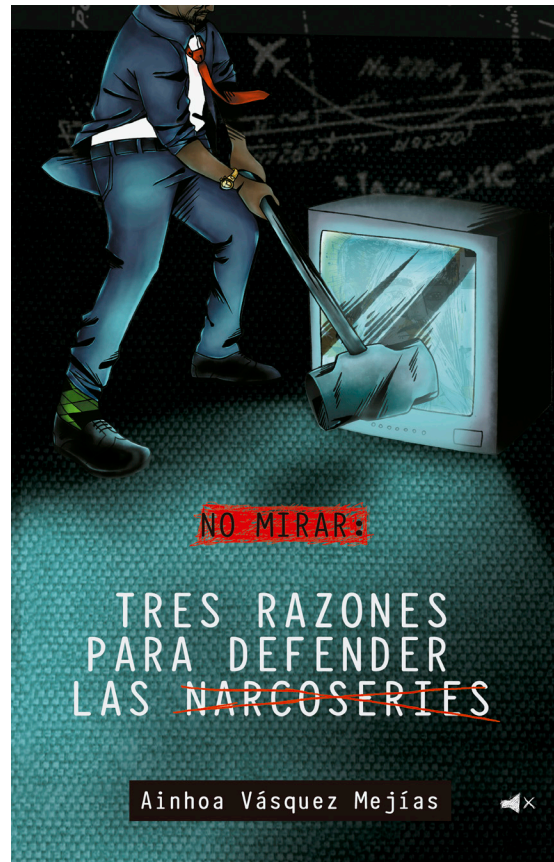
Ainhoa Vásquez Mejías

Mexico, Autonomous University of Chihuahua/ Autonomous University of Sinaloa, 2020, 145 pages.

*Alba Daniela López Gamboa**

Recibido: 20/05/2020 | Aceptado: 15/06/2020

No mirar. *Tres razones para defender las narcoseries*, de Ainhoa Vásquez Mejías, propone esencialmente que las narcoseries no merecen la etiqueta de dañinas que se les ha adjudicado. Su argumento gira alrededor (como el título lo indica) de tres razones. La autora argumenta que las narcoseries, en vez de promover, cuestionan los roles de género contemporáneos; amplían la imagen, enfocada en los criminales, y la fijan en las instituciones que permiten o lucran con el narcotráfico, denunciando un estado criminal; sostiene que, en lugar de promover la vida “narco”, desalientan la persecución de este estilo de vida y dejan una lección moral, por medio de ejemplos y castigos gráficos. Vásquez Mejías propone aquí una defensa de las narcoseries. El libro es una mediación que busca conciliar la “baja” y la “alta” culturas mexicanas, al tener como objeto de análisis una forma de



* México. Licenciada en Lengua y Literatura Inglesa. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México. email: albadaniela.lg@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-4981-7543>.

entretenimiento que ha sido estudiada (y demonizada) desde la postura intelectual de lo “correcto”. Para esto la autora utiliza las mismas herramientas que la academia acepta y promueve: encuestas, recepciones bibliográficas, artículos y libros. Con todo esto se abre una discusión que perfora más allá del “bien” o “mal” social que representan las narcoseries. Vásquez Mejías defiende que las narcoseries no son malas, sino que asumen el compromiso social de advertir a la población sobre los peligros que conlleva el estilo de vida retratado en ellas.

El libro comienza con un recorrido de los estudios previos, hechos con el aparente propósito de descalificar estas series por considerarlas nocivas, y denotando dichos estudios como inflexibles y coaccionados. La autora retoma los argumentos de estos académicos desde una perspectiva objetiva (o la más cercana a ella) para señalar prejuicios en las encuestas, estudios y resultados. La voz de Ainhoa Vásquez Mejías no se pierde en su defensa de las narcoseries: su escritura es fluida y conversacional y guía al lector sin condescendencia. El estudio, si bien documentado en su argumento, presenta un repertorio tan amplio como intimidante para un lector no familiarizado con el tema. Su revisión bibliográfica pareciera insinuar que el lector comparte la inflexibilidad presente en los primeros estudios sobre las narcoseries. La postura indiscriminadamente defensiva de Vásquez Mejías se entiende si consideramos que la discusión que rodea estas series parece estar fija en destacar sus defectos en vez de explotar su potencial didáctico.

La autora delimita su primera razón en pro de las narcoseries en cuanto a los roles de género. Ella afirma que estos productos televisivos cuestionan los estereotipos desde las acciones y decisiones de los personajes. Si bien algunas narcoseries

siguen replicando lo establecido como “masculino” y “femenino” al pie de la letra, las contemporáneas proponen un debate sobre los estereotipos de ambos géneros. Desde la perspectiva femenina, se cuestionan ciertos papeles, tales como el de la maternidad, el de la esposa, el de la hija o el del objeto. Estas posiciones sociales son revertidas sin desaparecer, pues, por un lado, las madres no son sólo literales sino simbólicas, ya sea de un pueblo, de un país, de hijos elegidos o adoptados; por otro lado, las que sí son madres biológicas no encajan en la maternidad sacrificada. Las mujeres ya no son sólo “buchonas” (objetos) sino capos, líderes y decididas. No son desechables: deciden y actúan por decisión propia.

La sexualidad femenina existe y la violencia ejercida contra esta es considerada grave. La autora contrasta esta violencia sexual en las narcoseries con la del melodrama tradicional, en el cual el tema de la violación se utiliza como recurso dramático. A pesar de que las narcoseries sí ilustran escenas sangrientas y mantienen el motivo del ultraje femenino (pues varias de las protagonistas tienen su origen en este acto), esta violencia no pasa desapercibida ni es relegada a una historia fundacional, sino que las mujeres buscan su resolución y aplican castigos despiadados a sus violadores.

Sin embargo, Vásquez Mejías concuerda en que la importancia de la agencia femenina se puede malinterpretar como influencia de los hombres alrededor de la protagonista y, a la vez, admite que esa perspectiva viene de la consideración de la mujer sólo como objeto de consumo por los personajes masculinos. Y, en cuanto a sus roles, la autora analiza al “superhombre”, un macho “pecho peludo”, que exhibe su masculinidad hegemónica, agresiva y violenta, en contraposición con

el nuevo hombre de las narcoseries, uno que expresa su masculinidad desde el hogar, la sumisión amorosa y la imperfección viril. Es notorio que se hable de las nuevas masculinidades en su libro, ya que en las narcoseries, según los datos presentados por la autora, los hombres son percibidos como perpetuadores del machismo tradicional, donde no hay lugar para masculinidades alternativas.

Mientras que las mujeres presentan sororidad y apoyo, como transgresión a los roles de género tradicionales, en los hombres dicha solidaridad es inexistente. El apoyo entre hombres desaparece y es traicionado por amor. En estas series, los hombres ya no juegan el rol de amantes sino el de los amados. La autora culmina los argumentos de los roles de género de manera precisa y circular. Cabe mencionar, claro, que algunas series se escapan de su defensa, como *Narcos* y *El señor de los cielos*, ya que sus protagonistas son una fiel imagen del patriarcado y no pueden ser analizados desde su posición. Estas sutiles imposibilidades son relevantes a la hora de considerar cómo las narcoseries (o los personajes dentro de estas) evolucionan. Si varias narcoseries contemporáneas cuestionan los roles de género, como la autora lo demuestra, también es relevante considerar que no todas lo han hecho o lo harán.

El último aspecto de los roles masculinos, la violencia ejercida ya no por los capos sino por los policías, se anuda con la segunda razón de su defensa: la denuncia del Estado criminal. En cuanto a los roles de género, Vásquez Mejías argumenta que los agentes de violencia pertenecen al campo de los considerados por el melodrama tradicional como “buenos”: la policía e instituciones gubernamentales. Anteriormente, los narcos fueron vistos como hombres irracionalmente violentos

hacia todos, incluyendo sus amadas. En estas nuevas narcoseries, en cambio, se han convertido en los galantes defensores de sus parejas. Así, la imagen del Estado como protector se desmorona bajo la hipocresía que representa. Sus agentes son incapaces de detener el narcotráfico y se benefician de él.

La segunda razón de Vásquez Mejías ya no despega sólo desde las series ficcionales, sino desde denuncias periodísticas, entre estas *Los señores del narco* (2010) de Anabel Hernández y *Los cárteles no existen* (2018) de Oswaldo Zavala. La autora traza cómo las narcoseries continúan una tradición iniciada en la novela de bandidos y la de revolución. Como todas estas expresiones culturales denuncian un estado criminal, Vásquez Mejías acepta la propuesta de Domínguez Ruvalcaba del Estado como gestor del crimen. Por otro lado, la autora difiere con Oswaldo Zavala, cuyos argumentos aparecen en *No mirar* por la cercanía de las fechas de publicación, pero que no siguen la línea argumental de Vásquez Mejías, en cuanto a la función social que ambos les asignan a las narcoseries.

Vásquez Mejías enumera ficciones críticas al poder que cuestionan los discursos oficiales. Entre sus ‘evidencias’ presenta documentos ficcionales (novelas y series) y periodísticos (los libros ya mencionados) para delimitar un “Estado culpable”, cómplice, y que funge como director de operaciones del narco. Ella aborda la supuesta apología del delito como una interpretación incorrecta de la crítica al Estado y acepta que la imagen negativa de las narcoseries corresponde a su posición dicotómica desde el discurso oficial. Esta perspectiva sobre las narcoseries puede derivarse de la relación que estas tienen con las series policiales americanas y los melodramas clásicos. Ambos comparten

una estructura dicotómica donde los buenos son los policías y los criminales son los malos. Las narcoseries no funcionan dentro de estos mismos esquemas, pero suelen intentar comprenderse por medio de ellos porque no son entendidas como un formato propio. Es aquí donde la autora señala que los juicios de valor que condenan las narcoseries como nocivas parecen ser emitidos por personas que admiten no consumir narcocultura y que no parecen estar conscientes de la imposibilidad de aplicar las mismas estructuras morales del melodrama tradicional y de las series policiales a las narcoseries, que deben ser consideradas como un formato propio.

Por otro lado, ni un país escapa de la perspectiva criminal; si México es retratado como culpable, también lo es Estados Unidos, quien hipócritamente se narra a sí mismo como víctima del narcotráfico mexicano y, a la vez, lo controla. En las narcoseries analizadas, México le rinde cuentas a Estados Unidos, por lo que no puede ser soberano ante él. En este punto, la autora difumina las líneas entre narcoseries, realidad, narcocultura y periodismo. Todo argumento presentado en esta razón puede ser aceptado por la amplia documentación que sustenta, prácticamente, cualquier intento de réplica. Sin embargo, aclara desde el inicio que los narcos no son héroes ni se posicionan en un esquema dicotómico del bien y el mal. Su imagen del país rebosa de pesimismo social, desconfianza institucional y fracaso moral.

A diferencia de los estudios previos que parecen incompletos, Vásquez Mejías realiza una encuesta y presenta los resultados, admitiendo las carencias de su estudio y sin pretender abarcar más allá de lo que los resultados arrojan. Los encuestados, en su mayoría, reconocen haber visto al menos una “serie sobre

el narcotráfico” completa. La alteración deliberada del término para este formato televisivo parece responder al prejuicio incrustado a las “narcoseries”, lo cual le permitió incluir en su defensa a sus detractores y demonizadores, obteniendo resultados que, irónicamente, apoyan su argumento. Así como los encuestados concuerdan en que la representación de las instituciones gubernamentales en estas series refleja ineptitud y corrupción, la autora afirma que el Estado (sin especificar si sólo el mexicano o algún otro más) ataca las narcoseries por no promover una imagen positiva de este.

Esto nos lleva a la última razón: las narcoseries transmiten una lección moral. Vásquez Mejías insiste en que las narcoseries no son una apología de la violencia, y que esa imagen parece estar impregnada de prejuicios, precisamente porque las personas que en las encuestas las denominaron así no consumían estos productos. Por su lado, la autora menciona que se traza una pauta de comportamiento, con sus detalles, claro, porque sí existe el dinero fácil, la vida lujosa, pero está siempre envuelta en un marco de ilegalidad y temor que no permite el goce pleno del nuevo estatus. Como en las razones anteriores, acepta que existen excepciones al temor o al decoro ante el dinero, pero sin profundizar más allá de algunos ejemplos. Lo que sí remarca es la elección consciente que hacen los personajes a la hora de gastar o abstenerse de usar el dinero, en cuanto a comprar seguridad para el prójimo, pero no para sí mismos; para hacer regalos o ayudar a su comunidad. Esto involucra un mensaje dual que me parece problemático: si el narco es retratado usando el dinero para el bien ajeno antes que el propio, ¿existe entonces una razón altruista para unirse al narcotráfico? Si la misma autora entiende en estas interacciones que el poder, y no el dinero, es el principal

elemento ganado en el narcotráfico, ¿se puede considerar que son, en realidad, benéficas? Y si este beneficio influye en el tan temido reclutamiento de jóvenes “vulnerables”, lo que sea que eso signifique, ¿sus razones justificarán su pertenencia a estas organizaciones?

Si, como Vásquez Mejías, el espectador consume estas series constantemente y de manera completa (no expuesto a los inconsecuentes fragmentos aislados que otros estudios han hecho), se aprecia que en las narcoseries no hay crimen sin castigo. A pesar de que entre los personajes prima el arrepentimiento, no se elimina el castigo o la consecuencia proporcional al delito cometido. No hay recompensas ni fianzas. No existe el final feliz para nadie, ya que no hay personajes merecedores del mismo. Esto puede ayudar a que estas ficciones se asemejen borrosamente a la realidad que retratan, porque ni sus mismos encuestados parecen trazar una línea entre las series y la realidad en la que se inspiran. La autora admite que esta falla en distinguirlas y separarlas en el consciente colectivo evita que haya una conciliación entre los que gozan de estas ficciones y quienes las acusan de causar los males sociales de los que arrancan sus tramas. Por lo mismo, ella exhorta a considerar a los espectadores de las narcoseries como seres críticos y capaces de gozar de ficciones violentas a la hora de discutir su posible cancelación.

Para concluir su defensa, Vásquez Mejías afirma que las narcoseries proponen un discurso alternativo al gubernamental, que ayudan a lidiar con una realidad existente, la cual retratan pero sin inspirarla. Sin embargo, apunta que, como sociedad, todavía no hemos permitido aprender del pasado inmediato y del presente sangrientamente mostrado, para evitar repetirlo y que, para esto,

es necesario solicitar a los escritores ilustrar más problemáticas sociales en sus productos. En todo esto, la autora se ha hecho presente y conversa con el lector de su libro. Su argumento bien informado, didáctico y lúdico defiende un producto antes considerado indefendible y nefasto de considerar. Pero en vez de exhibir una defensa ciega y sentimental, argumenta y documenta cada encuentro y curva que pareciera precaria de afirmar; así, refuta desde antes y de tajo todo argumento que uno pudiera presentarle. Por más arriesgada e incómoda que sea su tesis, la justifica, la explica, la cuestiona y deja al propio criterio del lector el armar la respuesta que ella misma se niega a decir. Vásquez Mejías le da al lector, al que deja insatisfecho al negarle una respuesta digerida y concreta después de una intensa discusión, la oportunidad de marcar su propio punto final en una discusión interminable, pero ahora un poco menos rígida.